

Homilía para el Rito de Elección
Primer domingo de Cuaresma, Año A
Catedral Santa María de la Asunción
1 de marzo de 2020

Su Excia. Revma. Mons. Salvatore J. Cordileone

El Rito de Elección que celebramos esta tarde es sin duda uno de los puntos culminantes del año aquí en nuestra arquidiócesis. Es un momento muy privilegiado, esta ceremonia, más que cualquier otra a lo largo del año, cuando vemos la diversidad de nuestra iglesia local, la Arquidiócesis de San Francisco, al reunirse todos ustedes de las parroquias de los tres condados de nuestra Arquidiócesis: San Francisco, Marin y San Mateo. Y es una ocasión muy feliz al acoger a nuestros hermanos y hermanas catecúmenos y candidatos en su preparación, etapa final de la preparación, para la plena comunión y ser recibidos en la iglesia. Es un signo de aliento e inspiración para todos nosotros porque vivimos en tiempos en que las influencias dominantes en la cultura, digamos, no simpatizan mucho con la vida espiritual y la práctica de la religión. Pero esto muestra el atractivo atemporal de la fe y especialmente la fe de Jesucristo, y a pesar de las presiones culturales y sociales, todos amamos al Señor y queremos continuar en el camino hacia él a pesar de todos los intentos de su adversario de alejarnos.

Lo escuchamos en el Evangelio, esta lectura del Evangelio sobre la tentación de Cristo cuando él se retira al desierto durante 40 días. Esto fue justo antes de que empezara su ministerio público. Así que él pasa este tiempo en intensa oración, y es un momento en el que el diablo trata de tentarlo para que se aleje del llamado de su Padre en su vida. Y cuando miramos las tentaciones que el diablo pone ante nuestro Señor, podemos ver que siempre es en una de estas tres formas en que el diablo trata de alejarnos.

Primero, dice: “Si tú eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes”. Nuestro Señor estaba ayunando, así que tenía hambre. Esta es la tentación de satisfacer su hambre: la tentación del placer, al uso inmoderado del placer.

Entonces el diablo le hizo pararse en la parte más alta del templo y le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, échate para abajo”. Esta es la tentación del poder. Nuestro Señor, por supuesto, tiene poder sobre todas las fuerzas de la naturaleza, y podría haberlo hecho. Así que el maligno le tienta a complacerse en el orgullo de demostrar su poder.

Y finalmente, el Evangelio nos dice que el diablo le mostró todos los reinos del mundo y su magnificencia, y dijo que se los daría. Esta es la tentación de la codicia, adquirir posesiones y riquezas para los propios propósitos egoístas en lugar de hacer la voluntad de Dios.

Así que siempre hay ese trío, una de estas tres formas en que el diablo trata de hacernos tropezar, por placer, poder o riqueza. No es que estas cosas sean malas en sí mismas, sino más bien el uso inmoderado de estas cosas, cuando se convierten en un fin en sí mismas y son usadas en contra del plan de Dios y de su voluntad para nosotros, para nuestros propios propósitos egoístas en lugar de la voluntad de Dios.

Esto sucede cuando pecamos, y si seguimos por ese camino, cometemos uno de esos pecados capitales. Los vemos revelados aquí en esta tríada, la gula y la lujuria, el orgullo y la codicia. Fíjense también en cómo el diablo comienza la tentación. Dice: “Si eres el hijo de Dios”, las dos primeras veces. Y en la tercera tentación dice: “Te daré todo esto, si te postras y me adoras”. Ese es siempre el objetivo final del maligno; él tiende todos sus engaños y trampas y formas sutiles de atraparnos, de hacernos tropezar. Por eso, después de la última tentación, nuestro Señor lo rechaza diciendo: “Retírate, Satanás”. Esa tentación, póstrate y adórame, ésa es su finalidad. Ese es su objetivo final. Mientras que vemos eso en la lectura del Evangelio, en la primera lectura vemos su estrategia para tratar de llevarnos allí.

Ahora fíjense en la pregunta que le hace a la mujer. Todos estamos familiarizados con esta famosa escena en el Jardín del Edén y el árbol y la fruta prohibida, la caída de nuestros primeros padres. Así que la serpiente le pregunta: “¿Es cierto que Dios les ha prohibido comer de todos los árboles del jardín?”. Casi se puede oír la burla aquí. Muy sutil. “¿Realmente les dijo eso?”. Así él comienza a plantar las semillas de la duda y luego la mejora exagerando la afirmación. “¿Es cierto que Dios les ha prohibido comer de *todos* los árboles del jardín?”. Y vemos en la respuesta de la mujer que ella cae en la trampa. Sí, ella reconoce que es el fruto de ese árbol el que no deben comer. Es sólo acerca del fruto del árbol en medio del jardín que Dios dijo: “No comerás”. Pero entonces ella empieza a caer en la trampa. Fíjense en lo que ella dice: “Dijo Dios: ‘No comerán de él ni lo tocarán, porque de lo contrario, habrán de morir’”.

Ahora, por razones de brevedad, algunos de los versículos fueron omitidos en esta lectura que ocurren dentro de este pasaje en el Libro del Génesis y entre estos versículos. Y aquí vemos que Dios le da la orden al hombre de no comer de ese árbol. Dios le ordena al hombre que no coma del fruto del árbol. Dios no dice nada sobre tocar o no tocar el árbol. No dice nada sobre eso. Así que ella está cayendo en la trampa, creyendo la afirmación exagerada, pensando que “Bueno, tal vez Dios no es razonable aquí. Tal vez realmente nos está exigiendo cosas que están más allá de lo que deberíamos soportar”. Así que ya ven lo brillante que es el diablo, manipulador psicológico. Él planta semillas de duda, las semillas echan raíces, y ahora en lugar de conocer ellos a Dios como el Dios de amor que es, y que le da a la pareja los mandamientos para mostrar su protección y su cuidado por ellos, lo ven en cambio como una especie de cruel capataz que los priva de algo agradable y deseable que quieren, que deberían tener y, al menos en su propio pensamiento, a los que tienen derecho.

¿Pueden oír ustedes la voz del tentador hoy en día en todo esto? ¿No suena esta voz casi literalmente con las palabras del mismo Libro del Génesis? Sí, eso es lo que la iglesia enseña, pero ¿realmente lo creen ustedes? ¿En serio? Sí, esta es exactamente la voz del tentador aquí y ahora plantando semillas de duda para que podamos empezar a pensar que tal vez Dios está siendo irrazonable, al menos en algunos aspectos poco realista, o al menos que él no podría haber sido serio cuando su hijo fundó su iglesia como su cuerpo y su esposa para guiarnos en el camino de toda la verdad. Estas son las tentaciones que enfrentamos y esta es la estrategia que el maligno usa para atraernos a pecar cada vez más profundamente hasta que llega a su objetivo final, adorarle a él, no a Dios, y es un genio muy celoso y malvado. Así que, gracias a Dios y a la Iglesia por este tiempo de Cuaresma, este período de purificación y nuevo aprendizaje intensos en la vida del discipulado cristiano.

Tenemos nuestras tres prácticas tradicionales de Cuaresma. Escuchamos a nuestro Señor exhortándonos a que lo que escuchamos en el evangelio del miércoles de ceniza, el primer día de Cuaresma, el Sermón de la Montaña. Y todas estas prácticas son en realidad el antídoto contra lo que trata de alejarnos del Señor, de una indulgencia desordenada y frenética en el placer, el orgullo y la codicia.

En primer lugar, la práctica del ayuno. El ayuno nos ayuda a mantener bajo control el uso inmoderado del placer, usado de manera contraria a la voluntad de Dios; sintiendo esa penitencia, privándonos voluntariamente de algún placer incluso legítimo, la sentimos en nuestro cuerpo, la penitencia corporal, para fortalecernos contra las tentaciones de la lujuria y la gula en todas sus formas.

La práctica de la oración, que nos ayuda a controlar el uso inmoderado de cualquier poder que Dios nos haya confiado. Él les ha dado a todos algún tipo de poder o autoridad hasta cierto punto incluso dentro de la estructura familiar. Y así la oración nos fortalece contra esa tentación del orgullo, pues la verdadera oración siempre consiste en someterse humildemente en obediencia a la voluntad de Dios.

Y finalmente, la limosna y otras obras de caridad. Estas ayudan a mantener bajo control el uso inmoderado de la riqueza y de todos los bienes materiales. Una vez más, sentimos que de una manera muy concreta cuando somos generosos con nuestro tiempo, talento y tesoro, y así nos fortalece contra la tentación de la avaricia y en cambio ayuda a inculcar en nosotros esa virtud de la generosidad.

Así es como hacemos de nuestra Cuaresma un retiro de 40 días con nuestro Señor en el desierto. No nos retiramos literalmente —geográficamente— al desierto, porque permanecemos en el mundo en nuestras vidas ocupadas día a día, pero nos retiramos con él interiormente, en un sentido espiritual, despojándonos de cualquier distracción o búsqueda que pudiera competir por la atención indivisa que le debemos a él. Nos enfocamos en eso de una manera muy intensa e intencional. Sin embargo, estas prácticas no se limitan a la Cuaresma. Adquieren una cierta intensidad y un cierto tipo de enfoque durante la Cuaresma, pero es para ayudar a fortalecernos para practicar estas virtudes durante todo el año, de hecho, durante toda nuestra vida porque esta es la vida del discipulado cristiano

Así que la Cuaresma es una especie de reaprendizaje en esa escuela de discipulado. Algunos de ustedes están pasando por ese aprendizaje por primera vez, nuestros queridos catecúmenos que pronto serán elegidos, y es gracias a sus hermanos y hermanas que han tomado en serio su discipulado cristiano y lo han puesto en práctica. Todos ustedes están aquí porque sus vidas han sido tocadas de alguna manera por un hermano o hermana en la fe, que les ha extendido la mano y les ha invitado a un encuentro con el que nos ama de verdad, nuestro Señor Jesucristo. Lo que vemos hoy en día son los frutos de un discipulado cristiano auténticamente vivido. Así que quiero aprovechar esta oportunidad para agradecerles a todos ustedes, párrocos, catequistas, padrinos y madrinan, a todos ustedes en nuestras parroquias, que son testigos del amor y la bondad de Jesucristo, y vemos los frutos de la proclamación de la buena noticia esta noche.